

## Rostros femeninos del sufrimiento

Pbro. Silvio Marinelli / Director

Si se reflexiona sobre el sufrimiento, aparecen **rostros de** muchas personas, pero especialmente de **mujeres**: niñas, adolescentes, jóvenes, adultas, ancianas. Rostros que manifiestan un dolor muchas veces escondido, sin expresar, escondido, íntimo y profundo.

Tal vez es porque la maternidad, realizada o en potencia, crea un **vínculo con los demás** más estrecho, sólido y duradero: el sufrimiento ajeno golpea de forma única a las mujeres, se identifican, sienten el sufrimiento de los demás como si fuera su propio dolor, como si golpeará sus entrañas.

Por otro lado, en las mujeres, generalmente, podemos ver una **capacidad insospechada de aguantar su propio sufrimiento**: serán sexo “débil” desde el punto de vista muscular, sin embargo, desde el punto de vista anímico manifiestan, en general, una resistencia y resiliencia extraordinarias.

Por esta razón también son extraordinarias **como cuidadoras**. Donde hay sufrimiento, ahí está una mujer: madre, hija, esposa o hermana. Las definimos como “cuidadoras principales”, pero – en realidad – muchas veces son las únicas cuidadoras, con su carga de quehaceres, estrés, falta de reconocimiento e incompreensión del rol que desempeñan; los demás familiares, por un lado, las explotan, por otro lado, las alagan y, a menudo, no les agradecen su entrega.

También el **mundo de la salud y de la asistencia** está poblado por una multitud de mujeres, profesionistas de la medicina – por fin ha dejado de ser coto reservado a los varones -, de la enfermería y de las profesiones de asistencia. No se aprecia suficientemente su dedicación, entrega y generosidad; no sólo desarrollan su actividad, sino que le añaden algo que no se puede medir y pagar: una presencia compasiva, tierna y cariñosa. Olvidamos, a menudo, que sufren no sólo por estar en contacto con situaciones de enfermedad crónico-degenerativa y de cercanía de la muerte, sino también por la dificultad de conciliar su actividad profesional con los deberes familiares, por sus propias enfermedades y problemas relacionales, por la dificultad de romper patrones patriarcales de ejercicio de la autoridad.

En el **voluntariado** las mujeres son una mayoría abrumadora. Se dedican a todos los sectores: del cuidado directo hasta la dirección de grupos, asociaciones e instituciones. Muchas de ellas han pasado por acontecimientos difíciles de sufrimiento y eso ha dejado una huella muy profunda en su alma y ha permitido que fraguara en un compromiso duradero hacia los demás. Los testimonios nos permiten apreciar un camino de crecimiento personal, de maduración espiritual que han desembocado en la firme determinación de comprometerse con alguna causa altruista para que “los demás no se sientan solos y sin apoyo”, para que “donde hay sufrimiento, esté cerca alguien que comprende y se solidariza”, para que “las injusticias sean superadas”, para que “la insensibilidad sea compensada con actitudes de empatía”, etc. También la labor voluntaria conlleva sus sufrimientos: la desproporción entre lo que se puede hacer y lo que sería necesario hacer, la falta de recursos frente a las necesidades cada vez más apremiantes, la dificultad de conciliar aspectos familiares y compromisos de trabajo con el voluntariado, la dificultad a crear sinergia con las instituciones públicas y privadas, etc.

Existe mucho **sufrimiento innecesario**, generado por la manera equívoca e insana de vivir, por falta de realismo, por los conflictos consigo mismo. Lamentablemente, los seres humanos - y las mujeres

CENTRO SAN CAMILO  
VIDA Y SALUD  
NO. 97 (2019)

no son inmunes a este sufrimiento - somos cómplices de innumerables formas de dolor que nos provocamos nosotros mismos.

Hay también un **sufrimiento injusto y evitable**, provocado por los abusos, la marginación, las costumbres y prácticas injustas, etc. A menudo, son los varones quienes lo provocamos; de allí la necesidad y el deber moral de luchar contra ello.